

The logo for Pichicuchi features a stylized brown hat icon on the left, followed by the word "Pichicuchi" in a bold, rounded, orange-yellow font with a slight shadow effect.

Pichicuchi

SAMUEL CAVERO GALIMIDI

 Pichicuchi

Editorial
San
SMarcos



SAMUEL CAVERO GALIMIDI

© Samuel Caveró Galimidi

© Editorial San Marcos E. I. R. L., editor
Jr. Dávalos Lissón 135, Lima
Teléfono: 331-1522
RUC: 20260100808
E-mail: informes@editorialsanmarcos.com

Ilustraciones: Melissa Rosales Figueroa
Diseño de carátula: Luis Beteta Espinoza
Composición de interiores: Manuel Villanueva Altamirano y Luis Beteta Espinoza
Corrección de textos: Rita Rodríguez Rocha y María Isabel Flores Campos
Responsable de edición: Mónica Paredes Pérez

Primera edición: junio de 2014
Tiraje: 3000 ejemplares

Hecho el depósito legal
en la Biblioteca Nacional del Perú n.º
ISBN:
Registro de proyecto editorial n.º

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin previa autorización escrita del autor y el editor.

Impreso en Perú / *Printed in Peru*

Pedidos:
Av. Garcilaso de la Vega 978, Lima
Teléfono: 424-6563
E-mail: ventaslibreria@editorialsanmarcos.com
www.editorialsanmarcos.com

Impresión:
Editorial San Marcos de Aníbal Jesús Paredes Galván
Av. Las Lomas 1600, Urb. Mangomarca, S. J. L., Lima, Perú
RUC: 10090984344

*A mi sobrino Mateo Caveró
y a todos los niños del mundo
que, como él, son inspiración
de ternura, esperanza y amor.*

*«Señor, dame un corazón de niño
y un gran coraje para vivir como adulto».
Santa Catalina de Siena*



Vocabulario

Agüero. Presagio o señal de una cosa futura.

Apacheta. Montón de piedras colocadas por los indios peruanos en las mesetas de los Andes, como signo de devoción a la divinidad.

Apu. Deidad que habita en las montañas y a la cual algunos pueblos de los Andes le atribuyen una influencia directa sobre los ciclos vitales de la región que domina.

Bucólico. Que evoca de modo idealizado el campo o la vida en el campo.

Calandria. Pájaro de la misma familia que la alondra. Tiene el dorso pardo, el vientre blanquecino y una mancha negra a cada lado del cuello.

Caravana. Grupo de personas que viajan juntas con vehículos o animales, especialmente por desiertos o lugares despoblados.

Chacra. Granja o finca agrícola.

Charango. Instrumento musical de cuerda, usado especialmente en la zona andina, parecido a una pequeña guitarra de cinco cuerdas dobles y cuya caja de resonancia está hecha con caparazón de armadillo.

Chicha. Bebida que resulta de la fermentación del maíz en agua azucarada, y que se usa en algunos países de América.

Coronta. Mazorca del maíz después de desgranada.

Coz. Golpe que dan algunas bestias con las patas.

Despuntar. Empezar a amanecer.

Encabritarse. Empinarse el caballo, afirmándose sobre los pies y levantando las manos.

Fuete. látigo de cuero.

Garbo. Elegancia, desenvoltura al andar y moverse.

Gentil. Se dice de los habitantes anteriores a los incas.

Guagua. Niño pequeño.

Guinda. Fruto del guindo, similar a la cereza, pero de sabor más ácido.

Huaino. Canto y baile tradicionales de algunos países de América.

Huari. Civilización andina que floreció entre los siglos VII y XIII d. C. Sus restos arquitectónicos más importantes están ubicados en el departamento de Ayacucho.

Ichu. Planta gramínea que crece en la puna.

Inca. Civilización precolombina de gran esplendor. Durante su período de mayor extensión abarcó los actuales territorios de Perú, Argentina, Bolivia, Chile, Colombia y Ecuador.

Ínterin. Intervalo de tiempo.

Interprovincial. Que se produce o tiene lugar entre dos o más provincias.

Jaguar. Felino americano de hasta dos metros de longitud, pelaje amarillo dorado con manchas en forma de anillos negros y garganta y vientre blanquecinos.

Jilguero. Pájaro de plumaje pardo por el lomo, blanco con una mancha roja en la cara y otra negra en lo alto de la cabeza. Es muy apreciado por su canto.

Lozanía. Verdor y frondosidad en las plantas.

Maqta. Voz quechua que significa ‘niño que está llegando a la adolescencia’.

Marciano. Habitante imaginario del planeta Marte o de cualquier otro. Extraterrestre.

Matraca. Rueda de tablas fijas en forma de aspa, entre las que cuelgan mazos que al girar ella producen ruidos desagradables.

Mentado. Que tiene fama o nombre, célebre.

Olluco. Planta que crece en los parajes fríos de la región andina y cuya raíz tiene tubérculos comestibles.

Opa. Tonto, bobo.

Pachamama. Voz quechua que significa ‘Madre Tierra’. Divinidad de los Andes cuya presencia abarca toda la naturaleza, incluido el ser humano, a quien protege en tanto él la cuide y le rinda tributo.

Pajonal. Terreno cubierto de paja.

Pedernal. Cosa de gran dureza.

Pishtaco. Personaje de la mitología andina de quien se dice asesina a los campesinos para robarles la grasa. Usualmente es representado como un hombre rubio, barbado y de ojos azules.

Ponche. Bebida caliente consistente en una mezcla de ron u otro licor con agua, limón y azúcar.

Poncho. Prenda de abrigo originaria de América meridional que consiste en una manta, cuadrada o rectangular, con una abertura en el centro para pasar la cabeza.

Ponedora. Ave que pone huevos.

Pongo. Indio que hace oficios de criado.

Postrero. Último en una lista o serie.

Potranca. Yegua que no pasa de tres años.

Puna. Tierra alta próxima a la cordillera de los Andes.

Puñalero. Traicionero, poco fiable.

Retaco. Persona de baja estatura.

Retama. Mata que mide de dos a cuatro metros de altura, con muchas ramas delgadas, largas, flexibles, de color verde ceniciento y de flores amarillas.

Sabido. Astuto, taimado.

Sabiondo. Persona que presume de sabia sin serlo.

Sallqa. Jalca. Región natural de los Andes peruanos, definida como la serranía arbustiva o de pradera situada entre la cordillera nevada y el bosque andino del Perú.

Sonso. Tonto, simple.

Supay. Deidad diabólica de la mitología andina. Representa al Satanás de la religión judeocristiana.

Taita. Padre, señor.

Tambo. Tienda rural pequeña.

Tapial. Trozo de pared que se hace con tierra amasada.

Telar. Máquina para tejer.

Tranca. Palo grueso y fuerte.

Trompudo. De labios muy abultados y boca saliente.

Trotón. Dicho de una caballería: Cuyo paso ordinario es el trote.

Trueque. Intercambio directo de bienes y servicios, sin mediar la intervención de dinero.

Tuna. Fruto de sabor dulce, cuya cáscara tiene espinas.

Vendaval. Viento fuerte, en especial el que sopla desde el sur.

Zumbar. Producir ruido o sonido continuado y bronco, como el que se produce a veces dentro de los mismos oídos.

Muy pobres fuimos. Andaba yo soñando con ser como las golondrinas y los gorriones, libre; también como Quinti, mi adorado colibrí, que visitaba nuestros jardines. Y es que todavía no había cumplido los ocho años.

A mamá le supliqué que me acompañara para viajar a mi ciudad, hermosa tierra de bella música andina tocada con guitarras, arpas y charangos, que nos recuerdan sus leyendas y tradiciones. Yo quería buscarme algún trabajito y ayudar a mis papitos, siempre pobres en sus chacritas. Mamita me dijo:

—Anda, niño mío, mi cielo. Tú solo hazte hombre, aunque sea de lustrabotas o vendiendo periódicos. Trabaja nomás allá.

Recuerdo que mamita, antes de partir, trajo a la gallina Leca Curuleca, de plumas blancas y cresta roja.

—Para que te acompañe, hijito —me dijo.



Mamá, sin poder extender las horas de nuestra ansiedad, me despidió entre lágrimas prestándome unas mantitas y dos costales para que, a mi regreso del largo viaje, recogiera tunas y paltas de los huertos abandonados con los que me topase en el camino.

Así emprendí el viaje, seguido de mi gallinita y de mi lindo burrito de pelaje gris plata llamado, en familia, Opita. Yo caminaba y mordía una caña de maíz con su juguito dulce, pegándome a los tapiales de barro para buscar sombra.

Despojado de las ternuras familiares, atravesé, junto con mi burrito y mi alegre gallina Leca Curuleca, el cementerio de mi pequeño pueblo; ya estaba oscureciendo. Yo me decía: «Soy un *maqta* fuerte, de los más puros entre los puros; *maqta* venido de las alturas de Huanta. Tengo que apurar el paso porque aquí debe de haber fantasmas y *pishtacos*. ¡Me pueden jalar a mi gallinita!».

En verdad aquella era una quebrada solitaria. Paré, con mi burrito Opita y mi gallina Leca, en un sitio muy mentado para espantar a vivos y muertos. Tiré piedras a las rocas, mientras gritaba:

—¡Qué caray, vengan rápido! ¡Con Opa, mi gallina y un buen fueite nomás los estoy esperando!

Les quería hacer creer a los fantasmitas y a los *pishtacos* que éramos muchos quienes subíamos y atravesábamos la cuesta. También hacía sonar, de cuando en cuando, el chicote para espantar los retazos de la tiniebla puñalera.

Ya eran las once de la noche y estaba oscuro. No había ni luna lunita ni perros con ojos fosforescentes ni luciérnagas que, por la asfaltada carretera, nos alumbraran la existencia. Así avanzamos sin detenernos por varias horas.

Mi gallinita Leca Curuleca comenzó a cantar en la penumbra, al filo de la claridad. Afuera, el amanecer, inquieto como el reloj, moviendo sus alas, era como ave de mal agüero en mi ventana de temores. «¿Conseguiré trabajo?». Íbamos respirando a pleno pulmón la lozanía de los perfumados cactus y arbustos.

Para no tener miedo, conversaba nomás con mis dos acompañantes, Leca Curuleca y Opita; también con los cerros y los árboles, abriéndome paso entre la penumbra que amenazaba clarear.

A mi gallina y a mi burrito les hablaba de mi amistad en Huanta con mi inseparable amiguita, la niña Margacha:

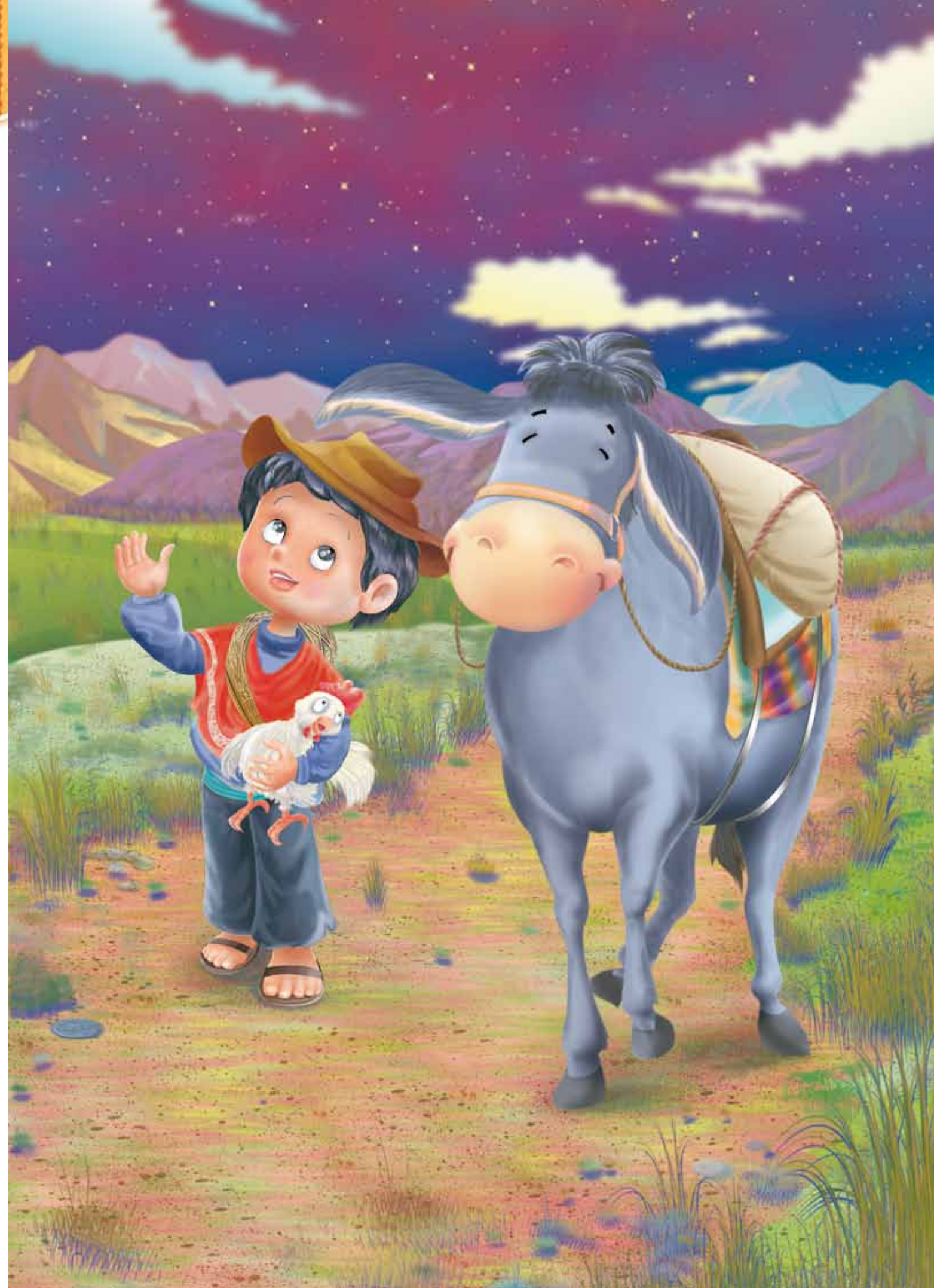
—A Margachita, susurrándole, le hablaba así: «Mi linda calabacita, muñequita, plantita de Dios». ¿Y sabes por

qué, Opita? ¿Cómo lo vas a saber, burrito lindo, si no te lo he explicado? Y tú, mi gordita gallina Leca Curuleca, ¿lo sabes? Les cuento, entonces, amigos. La calabacita crecía gracias a los cantos de Margachita y estaba con sus frutos esperándola. Siempre en los lugares de descanso, Margachita y yo dejábamos las semillas de calabaza y, a nuestro retorno, ya estaban verdes. ¡Qué emoción! Eran un amor por la vida, como la cantora de Margacha.

»Con mi amiguita Margacha nos conocimos muy pequeños. Quizá tendría yo cuatro años cuando su padre tenía lindos huertos con muchos frutos trepando sus enredaderas a los árboles; estas eran como los abrazos que Margacha me daba con sus perfumadas y tibias manos que me sabían a bizcochuelo.

»¡Con mi amiguita Margacha íbamos a buscar los huevos de su gallinita Patiloca! Ya pues, burrito, riéte. Y tú no te pongas serio, Leca Curuleca. Así me gusta, que rebuznes, burrito, para darme cuenta de que me estás entendiendo y no eres tontonudo. ¿Cómo se dice? Tontonudo. Tontonete. Torombolo, lolo. Tontín, tintín. Tontudo, tozudo.

—¡Tonto! —gritó la gallina Leca Curuleca, más pensando en ser mamá de pollitos.



—¡Eso es! ¡Tonto es la palabra bien dicha! —agregué feliz.

Guie a mi burrito Opita porque él no conocía el camino. Y mi gallinita, para no cansarse, subió a su lomo. En un descanso, saqué la coronta que tapaba el barril de chichita que llevaba para regalar al señor autoridad. Y ya de alegría, por el canto intermitente de los gorriones, empecé a beber como apurando el vaso para darme valor, ¡qué caray!, por la posible llegada de los *pishtacos* al despuntar el alba.

—Los *pishtacos* existen en nuestros Andes; son hombres malos —les decía a mi burrito y a mi gallinita.

Continuamos y andamos como los caminantes, pues avanzar era señal de que algún día llegaríamos. Para no tener miedo, me puse a recitar un trabalenguas que aprendí de otro niño:

—Bota pijota, pijotín de bota rota. Quien no diga tres veces «bota pijota, pijotín de bota rota» no beberá vino de esta bota pijota.

La chicha era dulcecita, azucarada, me sabía a las ternuras de mi madre, daba sueño y picaba algo en la garganta. A mi burrito y a mi gallinita les di de beber agua.

Mi gallina recibió de mis manos un manojito de granos de maíz. Y mi burrito devoró un atado de alfalfa moviendo su hocico mojado.

Seguimos. Cruzamos el camino grande donde estaban los trigales alfombrados de oro, que los campesinos ricos sembraban para venderlos en Huamanga. Luego, los tres aventureros torcimos hacia la casa de tía Antuca, siempre tan amorosa; aunque ella, diré, pertenecía a una lejana parentela: era prima lejana de mi madre.

Gran tía, la gorda Antuca caminaba feliz luciendo sus enormes brazos, piernas y caderas. En ese ínterin de descanso en su casa, sentado a un costado del fogón y tomando un delicioso caldito, esperé para cantarle el cumpleaños en quechua, llorando con entrañable cariño por la triste suerte corrida por mi perrito Saltarín, a quien, por ser hermoso y juguetón, alguien había robado días antes.

Era el mes de febrero, tiempo de carnavales, de amistad, de amor y de lluvias. Florecían las habas y los colibríes enloquecían, niños míos. La tía Antuca sacó su ponche y preparó un calentadito con el ron de caña para los invitados que vendrían más tarde.



Como descansando las piernas, aquel día me dediqué a jugar con Leca Curuleca y Opita. Y ellos, a su vez, jugaban con las abejitas zumbonas. Después fui a recoger naranjas, limas, guindas y duraznos a las chacras, sin pensar que la fiesta por los jubilosos cuarenta años de tía Antuca duraría tres días. Y mi alma, tan golpeada por la ausencia de mis padres, de mi amiguita Margacha y por el robo de mi perrito Saltarín, no estaba para alegrías.

Nosotros, los niños de los Andes, siempre hemos sido gente noble, buena, dulce como la naranjita, y muy caminantes, de aquí para allá, trajina que trajina todo el día. ¡Sí! ¡Y no sé por qué me robaron a mi perrito Saltarín!

En nuestros viajes era costumbre ir con nuestros animalitos, parar en los tambos y, cansados, caer como piedras. En la puna, cuando no había tambo alguno, sacábamos la toldera, la estirábamos bien con estacas y, allí dentro, dormíamos como el gatito Pumpín y la gallina Leca Curuleca.

Cuando viajábamos en mayo, era distinto, era más relajado. Había un encargado que debía cuidar a nuestros animalitos todas las noches, y casi siempre yo era el primer escogido para velar por la seguridad. Yo era el Pichicuchi por pequeño. Retaquito fui. Chiquito fui.

Recuerdo que en mi primer viaje de caminante mis papitos hablaron entre ellos: «Anda, pues, Sinforoso, a cuidar... Capaz están tristes, reclamándonos». Me dieron mi cancha, mi queso y al perro Ocicucha, que conocía a las mulas ojonas, mulas trabajadoras que, al decirles «¡jarre, mulita!», avanzaban con paso garboso, calmado. Mi gatito Pumpín, de pelaje atigrado, se reía de mí moviendo con destreza su ondulante cola.

¿Saben, amiguitos? Yo tenía que agarrarme bien de las riendas de la última mula trotona para pasar el agua cuando era caminante en caravana. Cuando demorábamos, a veces, nos ganaba la noche para alcanzar el siguiente tambo; y, entonces, teníamos que acelerar cortando camino, guiándonos por la luminosidad de los hermosos luceros, vadeando los arroyos y charcos. Cuando veía las estrellas, muy feliz, les decía a Leca Curuleca y Opita:

—Miren, las estrellitas nos están guiñando.

Era verdad, parecían comunicarse desde el bello firmamento.

Y seguí recordando lo que papito decía: «¡Escucha bien, Pichicuchi! ¿Me estás oyendo, Pichicuchi? Tienen que llegar de todos modos antes de que anochezca, ¡qué

caramba, niño!, porque, si no, la Pachamama misma te agarra y el *apu* Orcco puede comerse el corazón de un niño desobediente. Además, Leca Curuleca está esperando a su gallo enamorado para poner huevos y cubrirlos con sus tibias plumas. Después nacerán lindos pollitos. Es el inicio de tu retorno al corazón de la tierra, hijo. Allá, en la puna, si se quedan botados, abrígate con el burrito y la gallinita. De frío nomás no te puedes enfermar. Si no te abrigas, se te congelarán las piernitas sin el abrigo del tambo, donde a veces hay pieles de carneros y alguna frazadita. Opita, Leca Curuleca y las mulas saben lo que digo. “Hemos venido a romper este círculo del miedo”, se dirán. Ellas olfatean a los *pishtacos* y jaguares y no están tranquilas hasta llegar a su sitio».

—No sé si tú, Opa, burrito querido, resistas este viaje. O quizá sí, porque dicen que los opitas son bien queridos por los *apus* tutelares, sobre todo si son burritos obedientes.

»Tú, Leca Curuleca, y tú, Opita, deben saber que nosotros en los viajes veíamos pasar, como vendaval del mismo demonio y como cholo en poncho que se traga la noche, el castigo del taita Orcco. Entonces, el viento soplaba con un silbido fuerte y hacía un traicionero ¡fuiii!, ¡fuiii!; y el ichu, ¡zussss!, ¡zussss!, nos doblaba la cabeza de arriba para abajo y de un lado para el otro.



»¡Escucha, Opita! ¡Escucha, Leca Curuleca! Cuando en el dorado pajonal de la puna un cerro de ichu silba, es porque está tristísima una mula. Todos nos morimos de miedo porque sentimos una desesperación grande, como si la pobre mulita fuese a morir, y también nos preguntamos: «Y, ahora, ¿qué vamos a hacer?». Entonces, allí es bueno repetir un trabalenguas: «Paco Peco insultaba como loco a su tío Federico, y este le dijo: “Poco a poco, Paco Peco, poco pico”».

Me hice, pues, caminante desde guagua sobre mi tierra preciosa enclavada en el corazón de Latinoamérica; lavada por las poéticas lluvias; peinada por los vientos que bajan de la *sallqa*, de nieves eternas, donde moran las diosas de pelo negro y pies hermosos.

El bucólico campo oyó los primeros latidos de mis cantos iniciales, de mis nostalgias y abrazos charangueros, que fueron como un huainito, poesía, el quejido nocturno del dolor atravesando la garganta.

Siguiendo la huella de las flores que adornan el canto de los dioses, íbamos con Opita y Leca Curuleca.

—Picaflores de las florcitas del cerro éramos los niños; sí, éramos como las *isqanas pillu pilluchas*. ¿Qué más te puedo decir, Opita? ¿Y a ti, Leca Curuleca?

»Papá decía que antes no había muchas cruces en estas apachetas y que cuando habitaban los gentiles fantasmitas, porque de seguro allí hubo un accidente, solo había una piedra de señal y después se formaba el cerrito con los caminantes; pero los curas mandaron esas cruces, de seguro. ¿Tú que crees, burrito mío? ¿Y tú, mi gallinita? A lo mejor no me contestan porque saben que lo que digo es tan cierto como que la luz es luz y la noche es noche. Pero ¿saben, amiguitos?, quizá de tanto andar, al final de lo abierto a nuestros sentidos, en la oscuridad que impide ver mis sueños, encuentre el túnel de luz de la verdad. ¡Ay, mi pueblo! ¡Ay, mi pueblo querido! ¡Que todos los caminos se abran en nuestra ausencia como relinchos de potros!

»Volviendo ahora a la apacheta de mi pueblo, les contaré que es un conjunto de cerros muy mentado, con sus secretos, que tiene al pumita, al cóndor y a sus pongos. Porque algunos de mentirita dicen: «Soy pumita, cóndor o pongo de la apacheta», pero es falso. ¿No es verdad, Opita? Tu rebuzno me lo dice todo. ¡Qué asnito! Seguro estás muy de acuerdo. Sobre todo ahora, que por las carreteras pasan los carros nuevos y enormes de las grandes empresas interprovinciales. Esas bestias más de una vez te quisieron atropellar y zumbaron tras tu largo rabo. Sí, Opita. ¿Lo recuerdas? Y tú, Leca Curuleca, ¿acaso no recuerdas cuántas veces los ómnibus te hicieron correr por la carretera como esas

gallinas locas y despavoridas? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! No teman, están conmigo, amigos. Los ómnibus pasan todas las noches rugiendo como guerreros por la carretera, llevando cantidad de pasajeros, y casi casi no nos damos cuenta. ¿Se han fijado en los relampagueantes ojos de un ómnibus viajero, amigos? Alumbran de noche con sus faros neblineros. Así deben de ser los ojos de los marcianitos y del Supay, diablito rojo, pedernal de luz que imanta de besos y se roba nuestros sueños.

»Sí, Opa, así me gusta, que rebuznes protestando. Esos locos del volante pasan a toda velocidad como alma que lleva el diablo. Capaz pensarán que yo quiero subir con mi burro y mi gallinita a esas máquinas infernales, y no es así. ¿No es cierto, Opita? Nosotros somos cholitos de corazón, nos enternecemos como la flor de retama y nunca nos rendimos.

»¡Bravo, Leca, Lequita Curulequita! Me encanta que agites tus alas como queriendo darles un manotazo a esos carros sabidos, carros atropelladores, que muchas veces te hicieron correr como loca, gallinita mía. Además, nosotros tenemos una dignidad de caminantes heredada desde tiempos de los poderosos y muy nobles incas y señores huaris. Mis antepasados fueron venerados huarirunas y tus antepasados, Opita, no sé quiénes habrán sido, de seguro que camellos reilones y trompudos. Quién sabe, ¿no? ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!



»¡Ay, Opa! Camina más rápido, burrito. Leca no pesa mucho; ha subido sobre tu lomo la gallina sabida. ¡Camina, asnito mío! En el eco de la arcilla estoy oyendo tus pisadas, que son albos matinales. Camina más rápido, así, más rápido, como yo. ¡Caray!, con razón tienes ese nombre, Opita, Opita. Pero yo en el fondo te entiendo y te quiero tanto y sé que no eres tan sonsito como pareces. Hay que ser asnito para entender tu noble espíritu, Opa. ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Hay que ser como los niños buenos que saben convencer a sus padres! Hay que volar por lo menos en sueños y ser como el canto del ruiseñor, de la calandria y del jilguero, la voz de los siglos postreros reflejada en los telares. Con solo mirarlas provoca hablarles, emocionarse, correr, enamorarse, exclamar, jugar tras ellas, saltar. ¡Eso es felicidad! Rebuznando nomás no se es nada. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

»Ya nos vamos aproximando a la ciudad. Para que recuerden que fuimos tres los protagonistas de este hermoso viaje, les diré un trabalenguas, el cual tú, Opita, y tú, mi linda gallina Leca Curuleca, deben aprender y practicar. El trabalenguas dice así: «Cuando Petra a la potranca le pegó con una tranca, sonó a matraca y la potranca encabritó. Dando trotes la potranca, trotó lejos de la tranca y, cerca de la barranca, a Petra una coz le dio».

»¿Lo recuerdas, Opita? Cuando viajábamos antes, llevábamos cosas, también maíz, cebada, trigo; y conseguíamos, por trueque, lana, papas, ollucos. ¡Ahora sí! ¡Qué bien caminas, mi burrito! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Por eso van estas palmitas sobre tu lomo gris, suave, dócil, para que encuentres tus sueños encadenados a los míos!

»No me mires con esos ojotes y esas orejotas paradas que se mueven como si espantaras moscas y alacranes, mi amado burrito. El aire canta en tus pulmones, Opita. Yo también alguna vez fui «burrito», claro que en la escuela. No quise aprender las lecciones de matemática, me creía un niño sabiondo, pero qué poco sabía de matemáticas. Después, con la práctica, me fue gustando. En más de una ocasión me vi vuelto a la pared con largas orejas de cartulina y un gorrito de papel. Te debes enterar, querido Opita, de que había un cartel en mi frente para que todos supieran que no quería hacer mis tareas en la escuela. ¿Quieren saber qué decía? Pues lo siguiente: «Yo, el burro de la escuela».

»No se rían. Tiempo hace que soy un niño aplicado. Tiempo hace que soy obediente con mis padres y profesores. Tiempo hace que dos más dos son cuatro, y cuatro más ocho son doce.

»Ahora, ¿qué de malo has hecho, mi lindo burrito, para que me hayan comparado contigo? ¿Y tú, mi gallinita vivaracha, Leca Curuleca, que no dices ni pío cuando se comen siempre tus huevitos? ¿Quién me puede responder en este cerro? ¿Por qué tildar de borrico a quien le cuesta aprender?

Sí, ahora, feliz, tremendamente feliz, en compañía de mis dos grandes amigos, mi burrito y mi gallina, yo, Pichicuchi, ya estoy aprendiendo las nuevas lecciones que me da la vida. Y es que, ¡escuchen!, cuando se viaja, se aprende tanto como en la escuela. Te lo digo yo, a quien por algo llaman Pichicuchi.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Editorial San Marcos de Aníbal Jesús Paredes Galván,
situados en Av. Las Lomas 1600, Urb. Mangamarca, S. J. L., Lima, Perú.
RUC: 10090984344